Breve historia de la China milenaria

Gregorio Doval

nowtilus

Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de la China milenaria
Autor: © Gregorio Doval

Copyright de la presente edición: © 2011 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Nicandwill
Diseño del interior de la colección: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9967-013-3

Índice

Introducción: El marco geográfico chino:
China, un mosaico geo-cultural..... 11

Capítulo 1: Entre la historia y el mito:
el periodo predinástico 23
Continuidad histórica desde
las brumas de la leyenda..... 23
El relato mitológico: la cosmogonía china..... 26
Origen (mitológico) de China:
los Tres Augustos y los Cinco Emperadores .. 29
Huang Ti, el Emperador Amarillo,
padre de todos los chinos 34
China a la luz de la arqueología..... 39

Capítulo 2: Las primeras dinastías 53
El comienzo del ciclo dinástico..... 53
La dinastía Xia 58
La dinastía Shang 66
Otros pueblos coetáneos..... 79

Capítulo 3: El comienzo de la historia documentada: la dinastía Zhou 83
El Mandato Celestial de los Zhou 83
La estabilización con los Zhou Occidentales 89
Los Zhou Orientales y la amenaza exterior ... 95
Periodo de las Primaveras y los Otoños 98
Periodo de los Reinos Combatientes 104
Las Cien Escuelas de Pensamiento 109
El mapa interior de China se va completando 119

Capítulo 4: El nacimiento del Imperio chino 125
La creciente potencia del reino de Qin 125
Ying Zheng, rey de Qin 130
Las Guerras de Unificación 134
De rey a Primer Emperador de China 138
La dinastía imperial Qin 146
Qin Shihuang, un personaje complejo y polémico 153
La amenaza externa y la Gran Muralla 162
El increíble mausoleo del emperador 169
Un ejército de terracota 176
Fin de la efímera dinastía Qin 182

Capítulo 5: El primer esplendor de la China imperial 185
Caos tras la muerte de Qin Shihuang 185
La guerra Chu-Han 191
La dinastía Han Occidental 193
El emperador Gaozu 204
El imperio Xiongnu de Modu 209
El emperador Wu, la edad de oro Han 216
El interregno de Wang Mang: La dinastía Xin 224
La dinastía Han Oriental 227

Capítulo 6: El periodo de desunión 235
Los Tres Reinos 235
Un periodo convulso y sangriento 237
Las dinastías Jin 249
Los Dieciséis Reinos del norte 252
La dinastía Jin Oriental 255
Las Dinastías del Norte y del Sur 256
Las Dinastías del Norte 257
Las Dinastías del Sur 262
La reunificación de la dinastía Sui 266

Capítulo 7: El segundo esplendor imperial 273
La dinastía Tang 273
Taizong, el estabilizador 276
El «emperador» Wu Zetian,
la única emperatriz en cuatro mil años..... 281
El reinado contradictorio de Xuanzong 286
La rebelión de An Lushan 291
Del esplendor a la decadencia Tang 293
Periodo de las Cinco Dinastías
y los Diez Reinos..... 300

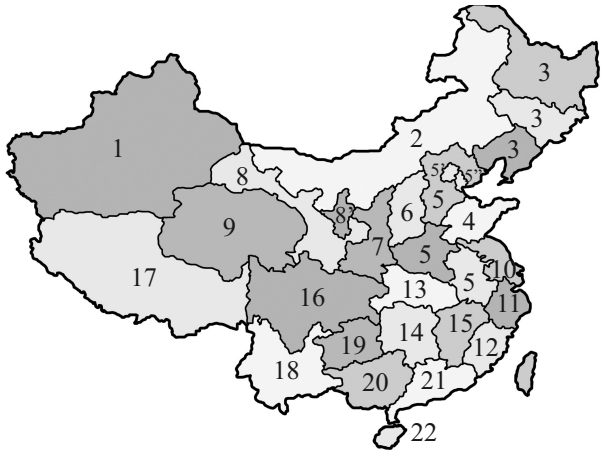
Capítulo 8: China bajo la amenaza mongola..... 307
La dinastía Song 307
China y los pueblos turco-mongoles 312
Consolidación de la dinastía Song del Norte .. 318
La dinastía Song del Sur 329

Bibliografía..... 333

Introducción: El marco geográfico chino

China, un mosaico geo-cultural

La actual República Popular China tiene una extensión de casi 9,6 millones de kilómetros cuadrados, lo que la convierte en el cuarto país más extenso en superficie terrestre del mundo (tras Rusia, Canadá y, por poco, Estados Unidos) y en la duodécima parte del mundo. Además, es el más poblado, con más de 1.300 millones de habitantes, lo que representa aproximadamente una quinta parte de toda la humanidad. Este inmenso y poblado territorio (algo menos extenso que Europa, pero mucho más poblado) alberga una gran variedad de ecosistemas y una gran diversidad étnica (conviven hasta 56 etnias diferentes, la más numerosa de las cuales es la han, que supone el 92% de la población) y climática. Como es lógico, esta variada y compleja geografía china jugó un papel crucial en el nacimiento, desarrollo y evolución de su milenaria cultura, en la que cabe ver una cierta continuidad desde, al menos, hace 4.000 años.



Comparando el mapa de la China actual con el del Imperio chino en el momento de mayor extensión de su historia, este comprendía más de una docena de espacios naturales claramente diferenciados y aún distinguibles. Entre ellos, en el norte, el Xinjiang o Turquestán chino [1, en el mapa], formado por la depresión del Tarim y las impresionantes cordilleras que lo rodean (Tian, Pamir y Kunlun). Por el norte y el noroeste se extienden las regiones esteparias de Mongolia [2] y Manchuria [3], está cerrada por el sudeste por cordilleras que interrumpen su comunicación con la Península de Corea. Al oeste y al noroeste de la Península de Shandong [4], de media montaña, se extiende la Llanura Septentrional [5], formada hoy por la provincia de Hebei [5], buena parte de la de Henan [5], el norte de la de Anhui [5] y el occidente de Shandong, además de los hoy distritos de Beijing [5'] y Tianjin [5"]. Esta llanura limita al noroeste con la abrupta meseta de Shanxi [6], mientras que por el oeste se extiende la depresión de Shaanxi [7], región que comprende el río Wei y la curva hacia el este del Amarillo, áreas donde se

localizaron las capitales más importantes de las primeras dinastías, hasta el final del primer milenio a. C. Hacia el oeste y el noroeste se extiende el corredor Gansu [8] y la provincia de Ningxia [8'] al pie del macizo Qinghai [9], hasta la región de los oasis de la Ruta de la Seda oriental.

Las regiones del sur, el sudoeste y el sudeste, por su parte, no se distinguen solo por un clima mucho más suave, que llega a ser subtropical en el extremo meridional, sino también por sus características señas de identidad históricas y culturales, pues adoptaron los modos chinos relativamente tarde. La cuenca inferior del Yangtsé está limitada al sudeste por las montañosas regiones costeras de Jiangsu [10], Zhejiang [11] y Fujian [12]. La combinación de las estrechas franjas litorales y de los sistemas fluviales interiores de estas regiones ofreció la base necesaria para una gran diversidad socioeconómica e hizo que la importancia de esta región fuera en aumento, sobre todo a partir del primer milenio a. C., en especial el área que engloba las actuales provincias de Hubei [13], Hunan [14] y Jiangxi [15].

Hacia el oeste, más allá de las estrechas gargantas del río Yangtsé, en la provincia de Sichuán [16], se abre la llamada por el color de su suelo «cuenca roja», que limita al oeste con el Tíbet [17] y, en último extremo, con el Himalaya. Las aguas procedentes de las precipitaciones que caen sobre las cordilleras que forman la frontera chino-tibetana erosionan la montañosa Yunnan [18], situada al sudoeste, y la meseta de Guizhou [19], que se eleva al este, para fluir después hacia Guangxi [20] y Guangdong [21], frente a la que se sitúa la isla de Hainan [22], la más grande de la actual China.

Esta última zona, junto con el valle del río Wei (llamado «el País de los Desfiladeros») y la Llanura Central (Zhongyuan), regiones todas ellas que se bene-

fician de las crecidas del río Amarillo en su curso medio y que hoy forman parte de las provincias de Henan [5], Hebei [5] y Shanxi [6], suelen considerarse la «cuna de la civilización china». Pero desde el primer milenio a. C., fueron apareciendo nuevos focos de civilización en otros lugares, por lo que la Llanura Central pasó a convertirse en el centro de poder y punto de arranque del proceso unificador chino.

Este inmenso y diverso territorio está determinado, sobre todo, por su difícil orografía. Las zonas montañosas de más de 2.000 m de altitud ocupan alrededor del 43% de la superficie terrestre china; las mesetas montañosas suponen otro 26% y las cuencas, muy accidentadas y situadas en su mayoría en las regiones áridas, cubren aproximadamente el 19% del territorio. Por tanto, tan solo el 12% de toda la superficie se puede calificar de llana.

En términos generales, los picos más altos de China se alzan en el oeste, coronando algunas de las cadenas montañosas más elevadas del mundo, donde nacen los principales ríos del país. Una de ellas, la cordillera del Himalaya, que separa los subcontinentes chino e indio, tiene su punto más elevado en la cumbre del Everest, «techo del mundo», con sus 8.848 m, situado en la frontera chino-nepalí. En su vertiente norte, se extiende la meseta tibetana (de un promedio de 4.000 m de altura), bordeada por las cordilleras Karakórum y Kunlun, que se subdividen en varias ramas según avanzan hacia el este desde la meseta de Pamir. Las ramas septentrionales de los montes Kunlun bordean la meseta tibetana y la cuenca de Qaidam, una región arenosa y muy pantanosa plagada de lagos salinos. La rama sur de los montes Kunlun divide la cuenca de los dos grandes ríos chinos, Huang He o Amarillo y Yangtsé.

Estas grandes cadenas montañosas del oeste chino han constituido siempre el principal obstáculo a la comu-

nicación con el resto del mundo. El noroeste de China está ocupado por dos cuencas desérticas separadas por la cadena montañosa Tian: al sur, la cuenca del Tarim, la más grande del país, rica en carbón, petróleo y minerales y, al norte, la de Zungaria. Por último, la frontera con Mongolia está marcada por la cadena del Altai y por el Desierto de Gobi, que se extiende al norte de las montañas Qinling. El corredor de Gansu [8], al oeste del gran bucle que traza el curso del río Amarillo, fue uno de los principales ejes de comunicación con Asia central.

El centro de China es, en promedio, menos elevado que las regiones occidentales. En él el relieve está formado por montañas medianas, mesetas, colinas y depresiones, entre las que se pueden distinguir varios subconjuntos compartimentados. Al norte de la Gran Muralla se extiende la meseta de Mongolia [2], a una altitud media de 1.000 m y atravesada de este a oeste por las montañas Yin, de alrededor de 1.400 m de altitud. Al sur se encuentra la mayor meseta de sedimentos eólicos (*loess*) del mundo, con una superficie de 600.000 km² (mayor que España). Al sur de las montañas Qinling se hallan las regiones densamente pobladas y altamente industrializadas de las llanuras del Yangtsé, así como, aguas arriba, la cuenca «roja» de Sichuán [16]. Secundaria a la Qinling, la cordillera de Nanling es la más meridional de todas las que atraviesan el país de este a oeste. En su vertiente sur, el clima tropical permite dos cosechas de arroz al año. En esa misma dirección se encuentra la cuenca del río Perla, el tercero en extensión del país y que desemboca formando un gran delta punteado hoy por las grandes urbes de Cantón, Hong Kong y Macao. Al oeste, la meseta de Yunnan-Guizhou [18-19] se eleva en dos grandes escalones, a 1.200 y 1.800 m sobre el nivel del mar, respectivamente, en dirección a las montañas que marcan la frontera oriental de la meseta tibetana. La

parte sur de este conjunto se caracteriza por su gran altitud media y, en especial la provincia de Yunnan [18], con su topografía caliza y sus valles encajonados. Además de la media montaña del sudeste (Fujian [12]), las regiones costeras (más recortadas al sur que al norte) están formadas por llanuras y colinas bajas, aptas para la agricultura y con una alta densidad demográfica.

Dado ese contexto, China es desde la más remota antigüedad un país esencialmente agrícola, aunque muy condicionado por sus variaciones y contrastes climáticos, que van desde el subtropical del sur hasta el subártico del norte, pero siempre determinados por el monzón, responsable de una gran parte de la lluvia recibida por las diferentes regiones del país.

Estas variadas características geográficas han hecho siempre que este vasto territorio ofrezca una gran variedad de recursos naturales y, dada su riqueza, haya podido sustentar una densidad demográfica sin parangón en el mundo. Trigo, arroz, maíz, mijo, sorgo y soja, junto a algodón, cáñamo y plantas azucareras, son los principales productos de las inmensas y fértiles llanuras; cereales, té, cera y plantas medicinales provienen de las zonas montañosas, y en las praderas del oeste (Mongolia interior [2], Qinghai [9] y Tíbet [17]) se desarrolla gran parte de la ganadería china (bovina, lanar, caballar, camélida, etc.). Entre los productos agrícolas chinos sobresale, además, la seda salvaje, cuya producción se basa en los robles y las moreras de las montañas áridas de Shandong [4], donde también se desarrollan cultivos de cereales. Los bosques del nordeste y sudoeste proporcionan, por su parte, árboles madereros. El territorio chino ofrece también una abundante reserva de minerales, explotados intensamente desde la más lejana antigüedad de las primeras dinastías arcaicas.

Pero, con todo, la mayor riqueza china (y también su mayor desgracia) es la hidrográfica. Los ríos han jugado y juegan un papel tan importante en la historia china que cabe decir que todo el proceso de expansión de su civilización, desde su primer foco en la actual provincia de Henan [5], ha seguido siempre el curso de los ríos, principales vías de comunicación en un país tan montañoso como este. Sin embargo, muchos de ellos son de naturaleza caprichosa y violenta, lo que los convierte en una amenaza continua, especialmente el Amarillo, un constante azote, con sus desbordamientos, inundaciones, variaciones de caudal y, sobre todo, cambios de curso.

En conjunto, China tiene cerca de 50.000 ríos con una cuenca superior a los 100 km² y más de 2.800 lagos de más de 1 km². Alrededor del 50% del total hidrográfico del país drena hacia el Pacífico; solo alrededor del 10% lo hace hacia los océanos Índico y Glacial Ártico, mientras que el 40% restante no tiene salida al mar y drena hacia las cuencas áridas occidentales y septentrionales, donde los arroyos se evaporan para formar reservas de aguas subterráneas profundas; el principal de estos cursos es el del río Tarim. Las aguas procedentes de la meseta de Pamir y la altiplanicie del Tíbet [17], regadas por los principales ríos chinos, fluyen hacia el este, en dirección al océano Pacífico, configurando tres grandes áreas geográficas de muy distintas características.

De norte a sur, la primera es la definida por la zona de influencia del río Huang He, o río Amarillo, en alusión al color de sus aguas, de más de 5.464 km de longitud, que nace en los montes Kunlun de la provincia de Qinghai [9] y recorre hacia el este la provincia de Gansu [8], girando hacia el norte mientras dibuja la forma de un arco de herradura invertido. Después atraviesa los áridos desiertos de Mongolia [2] y de nuevo baja hacia el sur, deslindando las provincias de Shanxi [6]

y Shaanxi [7]. Finalmente, fluye hacia el este y acaba su viaje en el océano, tras atravesar las provincias de Henan [5] y Shandong [4]. En su curso bajo, el río está encauzado y su lecho se eleva por encima de la llanura circundante como resultado de la acumulación de sedimentos; en las tierras altas marginales de la meseta tibetana, el río sigue un curso tortuoso hasta el Bohai, un golfo del mar Amarillo, y drena un área dos veces mayor que España. Tradicionalmente se conoce como «el dolor de China» a causa de las inundaciones periódicas de grandes regiones de su área de influencia: se han contabilizado no menos de 1.828 inundaciones en los últimos 2.000 años. Es un río tremendamente peligroso que tiende a cambiar caprichosamente de curso a su paso por las llanuras costeras. Por ejemplo, en 1851, cambió su desembocadura hasta un nuevo punto situado a más de 500 km al norte, lo que causó una gran devastación y varios millones de víctimas. Pese a todo, en su orilla se erigieron consecutivamente muchos centros históricos de importancia.

Pero prácticamente desde el principio, la cultura china ya se había ido extendiendo hacia el sur, hasta alcanzar la segunda gran área geográfica china: la determinada por el río Yangtsé o Chiang Jiang, el más largo de China y el tercero del mundo tras el Nilo y el Amazonas, con un caudal 10 veces superior al del Amarillo. El Yangtsé nace también en la provincia de Qinghai [9] y fluye durante 6.300 km, drenando una cuenca de 1.800.000 km^2, antes de desembocar en el mar de China. Es navegable en la mayor parte de su recorrido y riega todo el centro de China, al fluir por la llamada «cuenca roja» de Sichuán [16] y por la región de los lagos dominada hoy por la gran ciudad industrial de Wuhan, hacia su desembocadura en la gran urbe de Shanghai. El Yangtsé (conocido a veces en Occidente, por analogía con el Amarillo, como «río Azul») tomó verdadera importancia histórica por primera vez en la

El río Amarillo [izqda.] es una amenaza continua con sus desbordamientos, variaciones de caudal y, sobre todo, cambios de curso. Más tranquilo es el Yangtsé [dcha.].

historia china en el periodo de los Reinos Combatientes de la dinastía Zhou (siglos V-III a. C.).

La tercera área caracterizada por un gran río es la del sur, alimentada por el río Zhu Jiang, que nace en Yunnan y va a desembocar, ya con el nombre transformado de río Perla, entre las grandes urbes de Cantón, Hong Kong y Macao. El río, que cuenta con numerosos afluentes y emisarios, tiene un caudal cinco veces superior al del Amarillo (en verano puede llegar a 50.000 m^3/s), pero una cuenca dos veces menor.

Lo cierto es que el medio ambiente físico no solo preservó el carácter singular de la cultura del río Amarillo con formidables barreras que la separaban de otros grandes centros de la civilización de la Antigüedad, sino que también tuvo una gran influencia en la deriva de la civilización china. El hombre primitivo estaba a merced de las fuerzas naturales: los cambios estacionales, las lluvias, el caudal de los grandes ríos, la frecuencia de los terremotos... A consecuencia de todo ello, su modo de vida, sus creencias, supersticiones y

China es un país de paisajes muy contrastados.
En esta composición vemos, de arriba abajo y de derecha a izquierda, las dunas del desierto del Gobi, las cumbres de la cordillera del Himalaya, un meandro del río Lijiang, el paisaje montañoso y lunar de Yangshuo, el árido de Guangxi y las colinas sembradas en terraza de la provincia de Yunnan.

mitos, y su trabajo y su ocio siempre estaban dominados por ellas. Los chinos primitivos tuvieron que adaptarse a las condiciones del medio para sobrevivir. Los habitantes de los valles del río Amarillo se veían a sí mismos como partes de un vasto orden de seres vivos, con cuyos procesos tenían que buscar una relación armoniosa. La paz y la prosperidad humanas dependieron allí (como en todas partes) del delicado equilibrio entre estas dos fuerzas interdependientes. En concreto, la naturaleza extremadamente fértil del suelo de *loess* bien regado fue la causa de una de las características fundamentales de la civilización china: el interés por el control del agua. Los reyes de la antigüedad protegían a su pueblo mediante el mantenimiento de una relación adecuada con los poderes celestiales, y llevaron a cabo grandes obras públicas para librar al país de los peligros de las inundaciones y para asegurar los imprescindibles regadíos. Esta es una de las razones por las que China pudo mantener tan densa población desde épocas tan tempranas.

1

Entre la historia y el mito: el periodo predinástico

Continuidad histórica desde las brumas de la leyenda

Aunque las actuales fronteras políticas chinas engloban muchos más territorios que el primer imperio (el Qin, instaurado en el año 221 a. C.), la extraña continuidad y longevidad de China es una excepción en el mundo antiguo, en el que, por regla general, las unidades políticas de tal magnitud no eran estables y duraban poco tiempo. Por ello, los chinos se consideran con razón herederos de una antigua civilización, largo tiempo autónoma del resto del mundo. Y aún más, se consideran el centro del mundo. El nombre chino del país es Zhongghuó («Tierra Central»), pues para los chinos antiguos su país era el centro geográfico de la Tierra y la única civilización verdadera.

Pese a su enorme diversidad interna y su complejidad orográfica que, en principio, no parecían favorables, la continuidad nacional, histórica y cultural china no tiene comparación posible, pues su complejo pueblo ha conservado una cultura común por más tiempo que

cualquier otro grupo humano del planeta. El sistema de escritura chino, por ejemplo, tiene una antigüedad de 4.000 años, mientras que el sistema de gobierno dinástico se instauró en el año 221 a. C. y se mantuvo hasta 1912. Esto equivale al supuesto de que el Imperio Romano se hubiera mantenido desde la época de los césares hasta el siglo XX, tiempo durante el cual se hubieran impuesto un sistema cultural y un lenguaje escrito comunes para todos los pueblos «romanos». Incluso durante las épocas en que China fue gobernada por invasores extranjeros, como los mongoles de la dinastía Yuan (1279-1368) o los manchúes de la dinastía Qing (1644-1911), resultó que tales extranjeros, admiradores del grado de desarrollo chino, se asimilaron a la cultura que acababan de derrotar y conquistar y que ahora gobernaban. Este poder de absorción de la cultura china se ha manifestado también en que ningún territorio, una vez incorporado, ha abandonado el área cultural china, a pesar de las invasiones bárbaras o de los largos periodos de división interna.

Dada tal longevidad, la historia de China ensarta una serie ininterrumpida de acontecimientos realmente impresionantes, tal como corresponde a una cultura tan antigua y a un territorio tan extenso y variado. Y aun en los, por otra parte, numerosos periodos de desunión, todos los reinos desmembrados de la Gran China lucharon por imponer su hegemonía a los demás, no por separarse de su curso histórico. Independientes, autónomos, vasallos o asimilados, ninguno quiso borrarse de la nómina de pueblos chinos; más bien todo lo contrario: imponer su dominio y ser considerados «chinos» de pleno derecho.

La leyenda y la mitología sitúan el inicio de la cultura china hace unos 5.000 años, pero no se ha encontrado evidencia que demuestre tal supuesto. Para los chinos, el fundador histórico de su nación fue Huang Ti, «el Emperador Amarillo», rey, según la tradición,

durante cien años (2698-2598 a. C.), de una de las muchas tribus chinas de entonces, a la que guió a la hegemonía. A partir de él se encadena una lista de dinastías que nos conduce hasta el pasado más reciente.

En cualquier caso, lo que sí se conoce históricamente es la creación de las primeras sociedades agrícolas en el valle del río Amarillo y que la acumulación de riquezas en las primitivas ciudades despertó pronto la codicia de los pueblos nómadas y belicosos del norte: pastores que vivían desde tiempo inmemorial en las estepas septentrionales y que no dudaban en atacar para hacerse con importantes botines. Esta amenaza de los nómadas sería una constante en la historia de la China imperial que obligaría al pueblo a esfuerzos titánicos para su defensa y, así y todo, no conseguiría evitar que, en diversas ocasiones, las tribus del norte se apoderasen del imperio e impusieran su ley (aunque no sus costumbres ni su cultura) a los chinos. A través de todas esas vicisitudes, la inmensa China, separada de Occidente, como hemos visto, por altas mesetas, estepas y desiertos, fraguó una civilización original y autóctona que, en buena parte, se difundió después hacia Japón, Corea y Vietnam. Esta civilización es hoy, en lo esencial, la de un pueblo único que usa una sola lengua y cuyo sistema de escritura no ha cambiado fundamentalmente desde su aparición, hace varios milenios. Algo asombroso para todos, incluidos los propios chinos.

Conocemos la primera historia de este país, tan vasto como un continente, a través de la mitología, los restos arqueológicos y los escasos y no siempre fiables textos historiográficos. Como era lógico esperar, tales fuentes no suelen coincidir.

Entre los documentos escritos que aportan datos sobre la historia antigua de China destacan los textos llamados «clásicos», agrupados en 13 compilaciones canónicas y establecidos entre los siglos X y VI a. C.,

que son crónicas, más legendarias que históricas, relativas a las primeras edades de la historia china, desde el siglo XVIII a. C. hasta la época de Confucio (siglos VI y V a. C.). Estos escritos, transmitidos respetuosamente por generaciones de funcionarios estatales, constituían todavía la base de la enseñanza oficial en China a principios del siglo XX.

Por su parte, la leyenda nos proporciona una lista canónica de los monarcas chinos que empieza hacia el año 2852 a. C., fecha en la que da comienzo la mítica Edad de los Tres Augustos y los Cinco Emperadores. La primera dinastía de reyes, la Xia, es oscura y algunos historiadores han dudado de su existencia real hasta hace bien poco. Sobre la historicidad de la segunda, la Shang, también hubo dudas hasta que fue plenamente ratificada mediante la excavación, a partir de 1928, de su capital en Anyang, al norte de la actual provincia de Henan. Los primeros siglos de la dinastía Zhou, que reinó desde el 1027 o el 1122 a. C., están mucho más documentados por escritos históricos, y, desde el 842 a. C., los acontecimientos pueden fecharse con exactitud. Pero para conocer los supuestos inicios de la civilización china solo queda recurrir al poético pero increíble relato mitológico del nacimiento de China.

El relato mitológico: la cosmogonía china

Los antiguos textos chinos recogen diversas tradiciones mitológicas sobre los orígenes del mundo y del ser humano. En ellas, dioses y héroes son concebidos como prototipos de perfección y como modelos didácticos aplicados a la política, al concepto del buen gobierno y a la moral del gobernante ideal. Los historiadores chinos, muy influidos por el confucianismo y,

por tanto, profundamente «burocratizados», recurrieron a esta serie de divinidades y ancestros para explicar los inicios del tiempo histórico en el marco de un sistema unitario fundado en aspectos metafísicos, éticos y religiosos. Con este grupo de «personalidades» se buscaba moralizar y enseñar la progresiva degradación del orden, el equilibrio y la armonía del mundo, sometidos a ciclos que van indefectiblemente desde la soberanía perfecta a la violencia y la decadencia.

A la hora de imaginar y explicar el origen del mundo y la intervención de fuerzas sobrenaturales en tal proceso, hay en China muchos relatos distintos referidos a una serie de personajes, a veces intercambiables y siempre ambiguos, como «el Primer Padre» (Fuxi) o «la Primera Madre» (Nuwa), así como una serie variable de emperadores míticos, creadores de los primeros sistemas de ordenación social (escritura, agricultura...), unidos a las personificaciones de las fuerzas de la naturaleza («conde del Viento» o «conde de la Lluvia», etcétera.), que, en conjunto, sustentaron las creencias animistas base de la religión popular china y de toda la cosmogonía basada, principalmente, en la vida y muerte de Pangu, el primer ser vivo, creador del mundo.

Según esos bellos relatos, en el principio no había nada en el universo salvo un caos informe. En una primera era de 18.000 años, aquel caos se fue fusionando en un huevo cósmico, dentro del cual los principios opuestos del yin y del yang se fueron equilibrando. Por fin, al cabo de aquel ciclo, el huevo eclosionó y de él salió Pangu, normalmente representado como un gigante primitivo y velludo vestido con pieles. Inmediatamente, Pangu emprendió la tarea de crear el mundo: escindió el yin del yang con un golpe seco de su hacha gigante, creando, del yin, la tierra, y del yang, el cielo. Para mantenerlos separados, permaneció

En este grabado del siglo XIX, el ser primigenio, Pangu, un gigante primitivo y velludo vestido con pieles, que, nada más salir del Huevo Cósmico, emprendió la tarea de crear el mundo.

entre ellos empujando el cielo hacia arriba y la tierra hacia abajo, mientras él crecía. Esta tarea le llevó otros 18.000 años, elevándose el cielo cada día un *zhang* (3,33 m), mientras la tierra se hundía en la misma proporción y Pangu crecía también lo mismo.

Tras otros 18.000 años, Pangu se sintió lógicamente cansado, dio por finalizada su tarea, mandó bajar del cielo a los Tres Augustos (los primeros reyes) y se tumbó a descansar. Al poco, murió y todo su ser comenzó a transmutarse. De su aliento surgió el viento primaveral y las nubes; de su voz, el trueno; del ojo izquierdo, el Sol, y del derecho, la Luna. Sus cuatro extremidades y su tronco se transformaron en los cuatro puntos cardinales y las cinco montañas sagradas; su sangre, en los ríos; sus músculos, en las tierras fértiles; el cabello y el vello facial, en las estrellas y la Vía Láctea. Su pelo corporal dio origen a los bosques; sus huesos, a los minerales valiosos; la médula, a los diamantes sagrados. Su sudor cayó en forma de lluvia y las pequeñas criaturas (pulgas, piojos…) que poblaban su cuerpo, llevadas por el viento, se convirtieron

en los seres vivos y se esparcieron por el mundo, dando lugar al «comienzo de los tiempos»…

Emancipados así los seres humanos, el comienzo de la civilización china sobre el escenario concreto de Zhongghuó, la «Tierra del Centro» o «Reino Central», que después de un largo tiempo se pasaría a llamar «China», sucedió cuando los Tres Augustos, los tres primeros emperadores divinos llamados por Pangu bajaron del cielo para guiar a la humanidad.

Origen (mitológico) de China: los Tres Augustos y los Cinco Emperadores

La tradición china atribuye la fundación de la civilización y la invención de las instituciones sociales, culturales y económicas (la familia, la agricultura, la escritura, etc.) a los llamados Tres Augustos y Cinco Emperadores, gobernantes mitológicos de la China predinástica. A pesar del carácter legendario de las historias que se cuentan sobre ellos, que habrían vivido cientos de años y serían responsables de hechos milagrosos, es posible que en el origen de estas leyendas se encuentren personajes reales, jefes tribales del tercer milenio a. C. que habrían logrado victorias militares previas a la unificación de la semilegendaria dinastía Xia. Sin embargo, las distintas fuentes mitológicas coinciden poco en los detalles, salvo en su número. Los nombres de los Tres Augustos más repetidos, y a ellos nos atenemos aquí, son Fuxi, Nuwa y Shennong.

A Fuxi o Paoxi se le atribuye la invención, entre otras cosas, de la escritura, la pesca con red, la caza con trampas y armas de hierro, la cocina y la gastronomía. Según los relatos tradicionales, en el principio, no existían ni la moral ni el orden social. Los hombres no conocían ni reconocían a sus madres ni a sus padres. Cuando estaban hambrientos, buscaban comida y,

cuando estaban satisfechos, tiraban los restos. Devoraban los animales con piel y pelo, bebían su sangre y se vestían con pieles y juncos. Entonces llegó Fuxi y miró hacia arriba y contempló lo que había en los cielos y miró hacia abajo y contempló lo que ocurría en la tierra, y se decidió a organizar la tierra en que vivían los hombres. Para ello, unió al hombre con la mujer, institucionalizó el matrimonio, ofreció los primeros sacrificios, reguló el tránsito entre «los cinco cambios» y estableció las leyes generales de la humanidad. Luego, estableció un sistema de gobierno y enseñó a los hombres (es decir, a los chinos) a criar ganado y a hacer símbolos para generar registros. Pero el conocimiento más importante que Fuxi legó fueron los Ocho Diagramas o Ba Gua, usados para entender las mentes de los dioses y clasificar los sentimientos humanos (además de ser considerados, en la práctica, como origen de la escritura china). En base a esto, más tarde se escribió el *Libro de los cambios* o *I Ching,* que desde entonces sería utilizado por los sucesivos gobernantes chinos como vía de comunicación entre el cielo y el pueblo. Por ello, ritual o fervientemente, todos los emperadores «escucharon» atentamente las observaciones astronómicas y las disposiciones del cielo para gobernar a sus súbditos y el país. Por tanto, Fuxi organizó como humanos a aquellos seres, pero ¿quién los creó?

Nuwa, la primera emperatriz divina y «primera madre», creó a los seres humanos. Según el relato mitológico, habiendo existido desde el comienzo del mundo y sintiéndose sola, comenzó a crear animales y seres humanos. El primer día creó el gallo; el segundo, el perro; el tercero, la oveja; el cuarto, el cerdo; el quinto, la vaca; el sexto, el caballo, y el séptimo, comenzó a crear a los seres humanos, usando para ello arcilla amarilla. Primero los fue esculpiendo uno a uno, primorosamente, a su propia imagen, pero, al darse

A Fuxi [izqda.] y Nuwa [dcha.], «padre» y «madre» de los seres humanos, se les suele representar con cuerpo humano y cola de serpiente o dragón, porque fue supuestamente con esa forma como tallaron los ríos del mundo y lo desecaron tras las inundaciones.

cuenta de que esta era una tarea demasiado laboriosa, decidió introducir en la arcilla una cuerda que, movida rápidamente, hacía que cayeran al suelo gotas y que cada una de ellas se transformara en un ser humano distinto. Después, estos seres «en serie» conformarían el pueblo llano, mientras que los primeros, los «hechos a mano», serían los nobles. Algunas de las figuras, añade el mito, fueron deformadas por la lluvia y aquel fue el origen de las enfermedades y malformaciones físicas. Nuwa insufló a los nuevos seres la capacidad de procrearse y una forma correcta de comportarse, ya que fueron creados a semejanza de los dioses y, por tanto, ya no podrían actuar como animales. En realidad, Nuwa es un ser (normalmente una mujer) cuyo papel exacto, ateniéndose a las variadas fuentes, no se puede precisar y aparece, según los casos, como creadora, madre, diosa, esposa, hermana, líder tribal o, incluso, emperador, aunque casi siempre como una mujer que ayuda a los hombres a reproducirse después de una calamidad.

Muchas veces se identifica a Nuwa como hermana y esposa de Fuxi. En otras tradiciones, ambos son calificados de «padres del género humano», ya que se les considera sus ancestros. Se les suele representar con cuerpo humano y cola de serpiente o dragón, porque fue supuestamente con esa forma como tallaron los ríos del mundo y lo desecaron tras las inundaciones.

Respecto a estas, dice el mito que Nuwa era la encargada de mantener y reparar la Muralla Celestial, cuya caída destruiría el mundo. En cierta ocasión, surgió una disputa entre dos de los dioses más poderosos y decidieron zanjarla con un duelo. Cuando Gonggong, dios del agua, vio que lo perdía, golpeó con su cabeza el monte Buzhou, uno de los pilares que sostenía el cielo, lo que causó que este se inclinara hacia el noroeste y la tierra se desplazara hacia el sudeste, produciéndose grandes inundaciones. Los cuatro polos del universo se derrumbaron y el mundo se sumió en el caos: el firmamento no podía cubrir la tierra y ésta no podía soportar al mundo; el fuego lo abrasaba todo y las aguas fluían sin control; las bestias devoraban a los hombres y los pájaros salvajes atacaban a los ancianos y a los débiles. Ante tal emergencia, Nuwa cortó las patas de una tortuga gigante y las usó para sustituir el pilar destruido, a la vez que utilizaba piedras de siete colores distintos para reparar el cielo (en otras versiones, utilizó su propio cuerpo). Sin embargo, fue incapaz de deshacer la inclinación del cielo, lo que desde entonces es causa de que el Sol, la Luna y las estrellas se muevan hacia el noroeste y los ríos (chinos) fluyan hacia el este.

El tercer Augusto o monarca divino fue Shennong (literalmente, «el Divino Granjero») o «Emperador Rojo» (en relación a que dio a conocer la virtud del fuego), que bajó a enseñar a la gente a elaborar aperos de labranza (principalmente el arado) y a cultivar los alimentos. También escribió el *Clásico de las raíces y*

hierbas del Divino Granjero, libro recopilado por primera vez a finales de la dinastía Han Occidental en el que se ordenan las hierbas según su tipo y rareza, y el *Herbolario (Pen Tsao)* o *Compendio de materia médica,* libro en que se enumeran todos los animales, plantas y otros productos naturales (entre ellos el té) con sus correspondientes propiedades medicinales (que Shennong fue probando en sí mismo). Desde entonces, China comenzó a practicar la medicina tradicional y todo el desarrollo médico subsiguiente se basa en este compendio. A Shennong se le atribuye el periodo 2738-2696 a. C. y, a veces, es considerado hermano de Huang Ti, el Emperador Amarillo, y, como tal, patriarca de los chinos de etnia han, que les tienen a ambos como sus ancestros.

A estos Tres Augustos les sucedieron los Cinco Emperadores, cuyas identidades más habituales son: Emperador Amarillo, Zhuanxu, Diku (o, simplemente, Ku), Tangyao (o Yao) y Yushun (o Shun). Lo más seguro es que estos confusos personajes no sean, en última instancia, más que reflejos de la propia evolución histórica china, personificaciones de los diferentes estados de desarrollo de la cultura de la Antigüedad y se refieran a divinidades tribales o nombres de tribus o clanes específicos. Estos clanes, mezclados entre sí, producirían la nación china (Huaxia) y su civilización. Serían, en consecuencia, una especie de ancestros comunes del pueblo chino y, naturalmente, pioneros de su cultura, tal y como sus leyendas palpablemente relatan. Solo tardíamente imperó la necesidad de confeccionar secuencias genealógicas generacionales para ordenar racionalmente estos acontecimientos y que así pudiesen ser asimilados.

Con los Tres Augustos y los Cinco Emperadores se cubriría el periodo que abarca desde la creación misma hasta el comienzo de ese mundo que se iba a llamar China y de su historia, oficializada y hecha

ortodoxa por los letrados confucianos. La Edad de los Cinco Emperadores finalizó, según la tradición, en el año 2205 a. C. con un proyecto social y humano que daría lugar a lo que hoy llamamos China. En última instancia, lo único medianamente claro de esta confusión de relatos mitológicos es la privilegiada ubicación de Huang Ti, el Emperador Amarillo que, gracias a la ortodoxia confuciana, adquiriría el rango de patriarca de los chinos y piedra angular de su historia, o lo que es lo mismo, de «la civilización».

Huang Ti, el Emperador Amarillo, «padre» de todos los chinos

A Shennong, el Tercer Augusto mitológico, le sucedió el primero y hoy más famoso de los Cinco Emperadores, Huang Ti, «el Emperador Amarillo», quien, según la leyenda, habría reinado entre el 2697 y el 2597 a. C. (ni más ni menos que cien años). A pesar de no haber dejado rastro arqueológico alguno, la tradición considera al Emperador Amarillo como uno de los iniciadores de la civilización china, atribuyéndole posteriormente numerosas leyendas e historias extravagantes.

De darles crédito, la civilización china le debería mucho a este mítico gobernante. La leyenda dice que fue el inventor de muchas cosas tales como la confección de ropa, el arte de la fabricación de barcos (también del bote de remos) y vehículos terrestres (entre ellos, el coche de caballos), la construcción de casas y palacios, el arco y las flechas, el compás, etc. La agricultura y la cría de animales se desarrollaron simultáneamente en los tiempos en que Huang Ti gobernó. También hay fuentes que aseguran que el emperador Huang Ti comenzó la industria de la confección de seda y cultivó la morera (cuyas hojas

La mitología china atribuye a Huang Ti, «el Emperador Amarillo», que supuestamente habría reinado entre los años 2697 y 2597 a. C. y al que se considera el iniciador de la civilización, numerosas leyendas e historias extravagantes.

son el alimento preferido de los gusanos de seda) y el cáñamo. Y fue en su época cuando se inventó la escritura china. Entre otros grandes logros adicionales, se le atribuyen los principios de la medicina tradicional china: el *Neijing* o *Cánon médico del Emperador Amarillo,* el más importante libro sobre el trabajo con las energías humanas, que aún es un libro de texto para los estudiantes de medicina tradicional china, que redactó en colaboración con su médico Qi Bo. Sin embargo, historiadores modernos consideran que fue compilado de fuentes antiguas por un estudioso que vivió entre las dinastías Zhou y Han, más de 2.000 años después. Al *Clásico de Medicina* que hoy conocemos le falta aproximadamente la mitad del texto que tuvo originalmente. La parte perdida es la esotérica, las instrucciones para el trabajo con uno mismo, que, no obstante, se ha ido conservando por tradición oral hasta hoy. En lo conservado se halla la primera referencia escrita de la práctica del ejercicio físico, ejecutado lentamente y a conciencia, como método para conservar la salud.

A Huang Ti también se le atribuye la descripción del uso de las posiciones coitales para prevención y terapia. El clásico *La muchacha sencilla (Su Nu Ching)* está escrito en forma de diálogos del Emperador Amarillo con Su Nu, la muchacha sencilla, Hsuan Nu, la muchacha misteriosa, y Tsai Nu, la muchacha arco iris, y en él se describen las técnicas taoístas para utilizar la energía sexual con el fin de favorecer la salud y aumentar la longevidad. En lo personal, se dice que el Emperador Amarillo mantenía un harén de más de 1.000 mujeres, con las que practicaba el yoga sexual.

Huang Ti fue, además, un gran estadista y supo rodearse de ministros de valía e inventiva, como Lun Ling (que inventó los instrumentos musicales), Da Nao (que recolectó los diez Tallos Celestiales y las doce Ramas Terrenales que se combinaban para designar años, meses, días y horas), Tsang Chieh (que inventó los caracteres chinos), Tai Mao y Li Shou (que desarrollaron la numeración sexagesimal y la aritmética correspondiente), etcétera. Las antiguas escrituras chinas confirman que también fue responsable de la invención de las operaciones militares y de la sistematización del arte de la guerra. En el *Liu Tao* se menciona que Huang Ti «luchó 70 batallas y pacificó el Imperio». Además, instituyó el sistema feudal de príncipes vasallos (en principio, cuatro), cada uno de los cuales tenía originalmente el título de emperador. Por si todo esto fuera poco, su supuesta victoria sobre las otras dos tribus predominantes en aquel momento en las cuencas media y baja del río Amarillo lo convertiría en el propulsor de la primera unificación de la «nación china». Por todo ello, los chinos se describen a sí mismos frecuentemente como descendientes directos de Huang Ti.

Se contaba que su madre quedó embarazada de un rayo caído del cielo nocturno y que, tras veinte años

Mausoleo en la provincia de Shaanxi del Emperador Amarillo.

de embarazo, dio a luz a un hijo que hablaba desde el nacimiento. En otras versiones, Huang Ti se formó a partir de la fusión de las energías que marcaron el inicio del mundo. Vivió en un maravilloso palacio al oeste de las montañas Kunlun, con un guardián celestial en la puerta con cabeza humana, cuerpo de tigre y nueve colas. Las montañas Kunlun estaban llenas de pájaros y animales raros y de exóticas flores y plantas, y Huang Ti iba siempre acompañado de una extraña mascota: un pájaro que le ayudaba a cuidar su ropa y efectos personales. También se cuenta que poseía un tambor hecho con piel de kui, un ser mitológico que puede producir lluvia, viento o sequía.

Líder de clan en la fase final de la sociedad primitiva de China, para algunas tradiciones Huang Ti era hermano carnal de Shennong o Yan Ti (uno de los Tres Augustos, conocido también como «Emperador Rojo»), con quien compartió el país. Posteriormente, ambos se aliaron en contra de Chiyou, jefe de la tribu jiuli establecida en el este, que había invadido sus tierras. La batalla decisiva se libró en Zhuolu, al

noroeste de la actual provincia de Hebei. La leyenda dice que, al principio de la batalla, Chiyou estornudó una niebla espesa que duró tres días y los soldados de Huang Ti no pudieron distinguir sus posiciones. Afortunadamente, el Emperador Amarillo guió a sus hombres fuera de la niebla mediante otro de sus inventos, el «carro de brújula» (cuyo vértice siempre apuntaba al sur) y obtuvo una completa victoria. Tras aquella gran victoria, la alianza de Huang Ti y Yan Ti se rompió porque, al parecer, éste intentó violar el acuerdo y asumir el liderazgo, aunque los jefes tribales prefirieron mantener su fidelidad a Huang Ti. Como resultado, los dos líderes (y hermanos) se enfrentaron en Banquan. Tras tres feroces batallas, Huang Ti obtuvo la victoria final y fue distinguido como «Hijo del Cielo» por los jefes tribales.

Otra de las innumerables leyendas sobre él narra que Huang Ti encargó romper la comunicación entre la tierra y el cielo a fin de que cesaran los molestos descensos de los dioses. Según esta leyenda, en una época primordial, anterior al mundo tal y como hoy lo conocemos, el cielo y la tierra estaban muy próximos entre sí. Así, los dioses podían descender a la tierra y los seres humanos llegar al cielo escalando una montaña, o bien subiendo a un árbol o utilizando una larguísima liana. Los dioses descendían para oprimir a los hombres, al igual que los espíritus, con lo cual las posesiones eran frecuentes. Huang Ti, al ordenar la separación del cielo y la tierra, liberó al ser humano y participó en la organización del mundo tal y como lo conocemos hoy. No obstante, aquel mundo anterior, primitivo, en que el cielo y la tierra estaban conectados también tenía muchos elementos deseables, por lo que aquel «paraíso perdido» siempre se ha querido restaurar. De hecho, algunas personas privilegiadas (chamanes, sabios, reyes...) pudieron mantener el contacto con

el cielo, mediante técnicas de concentración, por vía de éxtasis o gracias a cualidades especiales.

Al hilo de las tradiciones, Huang Ti, el Emperador Amarillo, es visto como el responsable de la transición de una cultura humana conducida por dioses a una dirigida por el propio hombre. La base de la civilización china fue construida durante su reinado, cuando el Emperador Amarillo estableció la ley y el orden, reclutó gente virtuosa y sabia para gobernar, y adoró al Cielo y a la Tierra en la cumbre y en la base de las altas montañas. Durante los cien años que reinó, no hubo robos ni peleas en las calles; las personas eran amables, contenidas y muy consideradas unas con otras; vivían en armonía, el clima era favorable a los cultivos y el pueblo obtenía buenas cosechas cada año.

En el año 2598 a. C., el Emperador Amarillo construyó un gran buque al pie del monte Qiao. Cuando el buque estuvo terminado, una grieta apareció en el cielo y un dragón dorado descendió para ir a buscarlo. El Emperador Amarillo (por entonces, de 111 años) y más de 70 funcionarios de la corte real, montados en el dragón dorado, se elevaron hacia el cielo en dirección a la luz brillante del día y alcanzaron la perfección espiritual y la inmortalidad. Decenas de miles de personas vieron esta escena sagrada y magnífica con sus propios ojos. Con gran sobrecogimiento y anhelo, estas personas sepultaron las ropas de Huang Ti en el monte Qiao (hoy en la provincia de Shanxi), donde un gran monumento rinde homenaje al «inmortal» Emperador Amarillo.

China a la luz de la arqueología

Sin olvidarnos de los ricos relatos míticos acerca del comienzo de la vida humana en China que acabamos de repasar muy someramente, la arqueología y los

métodos científicos a su servicio nos dan respuestas más concretas respecto a la aparición del hombre y a su primera organización social en aquella parte del mundo.

A la luz de esas pruebas, el territorio que actualmente ocupa la República Popular China ha estado poblado desde hace miles e incluso millones de años. De hecho, los hallazgos arqueológicos demuestran que China pudo ser uno de los escenarios, junto con África, donde surgió la sociedad humana. Se han encontrado restos de homínidos que constituyen los antepasados más remotos del hombre. Por ejemplo, los hallados en 1998 en el poblado Suncun, en el sector de Fanchang, en las montañas Lailishan, cerca de la ciudad de Wuhu, provincia de Anhui, a los que se dio el nombre de «Hombre de Renzidong», datados hace unos dos millones de años. Los restos del Hombre de Yuanmou, dos dientes fosilizados de hace 1.700.000 años, fueron encontrados en 1965 cerca de la ciudad de Danawu, en la provincia de Yunnan, junto a varias herramientas que demuestran el relativamente avanzado grado de evolución de aquellos homínidos. Más reciente es el Hombre de Lantian, descubierto en esta localidad de la provincia de Shaanxi en 1963. Primero se halló una mandíbula y, poco después, un cráneo que incluía los huesos nasales, el maxilar derecho y tres dientes. Se cree que estos fósiles pertenecieron a sendas hembras que vivieron entre hace 530.000 y 1 millón de años. El primero es el fósil más antiguo encontrado en el norte de Asia de un homínido que caminara erguido y los científicos lo clasifican como una subespecie del *Homo erectus*. Su capacidad craneal se estima en 780 cm^3, similar a la de su contemporáneo el Hombre de Java. En el mismo estrato y cerca de sus restos se encontraron objetos tallados, especialmente guijarros, cuya presencia, así como la de cenizas, sugiere que ya usaba herramientas

y conocía el fuego (aunque, quizás, aún no lo dominaba). El Hombre de Nanjín, del que se encontraron dos cráneos (uno de cada sexo) en una cueva de las montañas Tang, en Nanjín, fue datado, en el caso de la mujer, entre hace 580.000 y 620.000 años; el varón es, al parecer, de hace unos 300.000 años.

Pero, sin duda, el más famoso y más estudiado de todos los fósiles es el llamado «Hombre de Beijing», catalogado como *Homo erectus pekinensis* o *Sinanthropus pekinensis*. Sus primeros restos se descubrieron en una cueva de la localidad de Zhoukoudian, al sudoeste de la actual capital china, entre 1921 y 1937, y datan de hace entre 250.000 y 500.000 años. Es especialmente popular porque en el momento de su descubrimiento fue considerado el primer «eslabón perdido» que justificaba la teoría de la evolución. En estas mismas cavernas de las zonas altas de Zhoukoudian se han encontrado artefactos de hace unos 40.000 años, contemporáneos del Cro-Magnon europeo, una de las primeras subespecies del *Homo sapiens,* que fabricaba utensilios de huesos y piedra, confeccionaba ropa con pieles de animales y sabía hacer fuego. Algunos paleontólogos chinos han asegurado que el moderno chino y, posiblemente, otros grupos étnicos son descendientes del Hombre de Beijing, un homínido que ya caminaba erguido, tenía capacidad para hablar y podía utilizar las manos como herramientas. Sin embargo, la investigación genética no sostiene tal hipótesis. Los estudios más recientes demuestran que la diversidad genética del chino moderno encaja a la perfección en el patrón general de la población mundial. Esto parece demostrar que no hubo la pretendida mezcla entre los inmigrantes humanos modernos a Oriente y el Hombre de Beijing, y confirma que los chinos provienen (como todos) de África, lo que concuerda con la ahora popular hipótesis del origen único. En todo caso, el Hombre de Beijing era ya un cazador-recolector que se alimen-

taba, sobre todo, de caza mayor (especialmente ciervos), a la que perseguía con antorchas y palos, y que también sabía talar árboles, labrar y utilizar herramientas sencillas de piedra (con las que tallaba otras más especializadas de hueso y madera para, por ejemplo, cortar carne y pieles). Asimismo, conservaba el fuego (aunque, seguramente, no lo encendía) con que se calentaba y cocinaba y, llegada la necesidad, practicaba el canibalismo.

No acaba ahí el catálogo de homínidos y antepasados humanos encontrados en China; se podrían citar también el Hombre de Dali, que vivió en Yunnan hace entre 230.000 y 180.000 años; el Hombre de Fujian, de hace unos 200.000 años; el Hombre de Maba, en Cantón, de hace unos 130.000 años, o el Hombre de Dingcun, en la provincia de Shanxi, de hace unos 100.000 años. Todos ellos, y especialmente el último, eran ya mucho más evolucionados física y mentalmente que los anteriores y utilizaban herramientas, aún de piedra, con mucha mayor precisión y destreza.

Ahora bien, el *Homo sapiens* como tal hizo su aparición en China hace unos 40.000 años. El llamado «Hombre de la Caverna Superior», del mismo complejo arqueológico de Zhoukoudian en que también se halló al Hombre de Beijing vivió hace 18. 000 años y ya mostraba un grado mucho más complejo de evolución respecto a otras culturas del sur del país. Seguía siendo cazador y recolector, pero también pescaba, y sabía pulir, tallar, perforar e incluso teñir sus manufacturas. Entre sus restos se han encontrado, por ejemplo, agujas de coser, herramientas teñidas, enterramientos rociados con hematina (lo que indicaría que ya practicaba algún tipo de rito religioso y de culto a los antepasados) y conchas de moluscos marinos (de lo que se deduce su actividad comercial o bien que realizaba expediciones a larga distancia).

El azaroso descubrimiento del Hombre de Beijing

Desde finales del siglo XIX, los pekineses vendían a los extranjeros todo tipo de huesos fósiles, pretendiendo que eran «dientes de dragón». El azar quiso que uno de ellos fuera a parar a manos de un científico sueco, quien lo reconoció como perteneciente a un mamífero extinto. Se buscó el origen del diente y se estableció que provenía de una cueva cercana a Beijing, investigada por primera vez en 1921. Un lugareño llevó a los arqueólogos hasta un osario que hoy se conoce como Colina del Hueso del Dragón. Poco después, el paleontólogo austriaco Otto Zdansky comenzó su propia excavación y finalmente encontró huesos que parecían molares humanos. En 1926 los llevó a la Facultad de Medicina de Beijing, donde el anatomista Davidson Black confirmó tal hipótesis. Enseguida se dio a conocer el hallazgo en la revista *Nature* y la Fundación Rockefeller patrocinó los trabajos en Zhoukodian que, en 1929, pasaron a manos chinas. Durante los siguientes siete años, se desenterraron fósiles de más de 40 individuos distintos, incluyendo seis bóvedas craneanas casi completas. Pero las excavaciones se interrumpieron en julio de 1937, cuando los japoneses ocuparon Beijing. Los fósiles fueron puestos a salvo en el Laboratorio del Cenozoico de la Facultad de Medicina pekinesa. En noviembre de 1941, fueron enviados a Estados Unidos para protegerlos ante la inminente invasión japonesa. Sin embargo, desaparecieron en el camino hacia la ciudad portuaria de Qinghuangdao, al ser apresados los marines que los custodiaban. Desde entonces, pese a las numerosas pesquisas, se ignora el paradero de los huesos. En 1972, el financiero estadounidense Christopher Janus ofreció una recompensa de 5.000 dólares a

cambio de los cráneos perdidos; una mujer contactó con él y le pidió 500.000, pero no se volvió a saber más de ella y tampoco del financiero (que ingresó en prisión por desfalco en sus empresas). En julio de 2005, coincidiendo con el sexagésimo aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial, el gobierno chino nombró una comisión encargada de buscar los fósiles, de la que aún no se tiene noticia.

Existen diversas conjeturas sobre qué ocurrió realmente con los huesos, incluyendo la teoría de que se hundieron con el buque japonés *Awa Maru*. El caso es que, debido a su desaparición, los investigadores posteriores solo han podido contar con réplicas y con los informes de los descubridores. Así, se sabe que su capacidad craneana llegaba a los 1.075 cc (un 80% respecto de la del *Homo sapiens*) y que se trataba de un cazador recolector. El descubrimiento de restos animales junto a los huesos y la evidencia del uso de fuego para combatir el frío y para cocinar los alimentos, y de herramientas de hueso y de madera fabricadas con otras de piedra, sirvió para apoyar la teoría de que el *Homo erectus* fue la primera especie con habilidades manuales. Sin embargo, esta interpretación cambió en 1985 cuando Lewis Binford afirmó que el Hombre de Beijing no era cazador, sino carroñero. En 1998, un equipo del Instituto Científico Weizmann llegó a la conclusión de que no hay evidencia cierta de que el Hombre de Beijing usara el fuego.

En excavaciones posteriores, se encontraron más restos de *Homo erectus*. En 1959 fue hallada una mandíbula completa y, en 1966, unos fragmentos de huesos occipitales y frontales que concordaban con los cráneos encontrados antes.

El más famoso y más estudiado de todos los fósiles de homínidos chinos es el llamado Hombre de Beijing, catalogado como *Homo erectus pekinensis* o *Sinanthropus pekinensis,* y que data entre 250.000 y 500.000 años. En el momento de su descubrimiento fue considerado el primer «eslabón perdido» que justificaba la teoría de la evolución.

Por entonces, el sur comenzó a acercarse al grado de evolución de los grupos humanos del norte. Hace unos 10.000 años se empezó a cultivar arroz en la cuenca del río Yangtsé y, poco después, mijo en el norte de la provincia de Henan. En el octavo milenio a. C., las culturas de la zona del valle del río Amarillo se hicieron sedentarias. Un milenio después comenzaría la domesticación de animales. Fue aquel el comienzo de lo que actualmente conocemos como «civilización china», los primeros vestigios neolíticos de la civilización han, que acabaría asimilando en mayor o menor medida a las otras culturas surgidas, como enseguida veremos, en el sur y oeste del país. A esas alturas del Neolítico ocurrieron cambios importantes para los chinos primitivos cuando grandes grupos empezaron a vivir en asentamientos, cultivando la tierra y domesticando a los animales, al mismo tiempo que elaboraban herramientas con piedras pulidas y construían en hondonadas chozas en forma de colmena y cubiertas con techos de paja. Los restos de este tipo de asentamientos se han encontrado, principalmente, en el área de los grandes bancos del río Amarillo, en las planicies del norte de China, donde, a pesar de la severidad del invierno, se dan buenas condiciones para la agricultura y que, de hecho, es una zona muy semejante a otras cunas de las civilizaciones «fluviales» arcaicas, tales como Mesopotamia o el valle del Nilo egipcio. Allí, entre los milenios VII y VI a. C., surgieron las primeras civilizaciones plenamente neolíticas, Peilikan y Cishan, ya sedentarias y basadas en la agricultura (mijo, principalmente), la ganadería (perros, cerdos y pollos), la recolección (por ejemplo de nueces y frutas del bosque) y la caza (ciervos y animales más pequeños), que ya producían cerámica (no decorada) y

vivían en aldeas con almacenes subterráneos y cementerios de tumbas sencillas en las que, junto al cadáver, se enterraban herramientas y cerámica.

Ambas son precursoras de la cultura de Yangshao (7000-5000 a. C.), cuyo primer yacimiento se descubrió cerca del pueblo homónimo de la provincia de Henan, que fue la primera en abarcar una gran área que se extendía a lo largo del tramo central del río Amarillo, por las actuales provincias de Henan, Gansu, Shanxi y Shaanxi, caracterizada por su cerámica hecha a mano (sin horno) y pintada (generalmente en rojo o en policromía) con dibujos de animales e inscripciones (en negro) que podrían ser el primer antecedente conocido de los caracteres chinos de escritura. De vida sedentaria, su economía se basaba tanto en la agricultura como en la caza y la pesca. El yacimiento de Banpo (provincia de Shaanxi) ha permitido reconstruir un poblado en el que destacaba la organización comunal. De estructura circular, alrededor de un edificio situado en el centro, en el que se celebraban las actividades comunales, se agrupaban las viviendas, almacenes y establos; todo ello rodeado de un foso defensivo, a cuyo lado norte se encontraba el cementerio y, al este, los hornos cerámicos. En este yacimiento, además de mucha cerámica, se han hallado agujas de hueso y otros materiales que indican el conocimiento del hilado y el tejido del cáñamo. Las gentes de Yangshao cultivaban grandes cantidades de mijo, además de algo de trigo y arroz, y, al parecer, también practicaban una primitiva forma de crianza de gusanos de seda. Domesticaban sobre todo cerdos y perros, además de ovejas, cabras y vacas, pero la mayoría del consumo cárnico provenía de la caza y la pesca. Sus herramientas de piedra eran pulidas y muy especializadas. Existían al menos dos clases sociales

(dirigentes y súbditos), y existen pruebas de una incipiente organización gremial.

Una cultura semejante es la de Majiayao, desarrollada en las actuales provincias de Gansu y Qinghai. Mientras tanto, en el sur florecería la cultura de Dawenkou (4000-3000 a. C.), caracterizada por su cerámica de pasta gris y roja, alternando con el negro y el blanco, frágil y decorada no solo con pintura, sino también con incisiones o perforaciones, utilizando en su fabricación el torno y una mayor riqueza de formas. Son característicos también los ornamentos de piedra, jade y hueso; las ciudades amuralladas, y los ricos sepelios en tumbas con repisas repletas de objetos, cámaras de ataúdes y enterramiento conjunto de dientes de animales, cabezas y mandíbulas de cerdo.

Contemporánea es también la cultura de Longshan, localizada en la provincia norteña de Shandong entre los años 4000 y 3000 a. C. y que ya marca el comienzo de la unidad territorial y política de la gran llanura del norte de China. Longshan también señaló la transición hacia el establecimiento de auténticas ciudades, indicado por los vestigios de muros de tierra prensada. Basada, igual que las anteriores, en la agricultura (con un claro predominio del mijo y el arroz) y la ganadería (cerdos, ovejas, cabras y vacas), contaba ya con instrumentos de piedra de puntas pulimentadas, así como cuchillos. Su cerámica, ya torneada, es gris y negra con una decoración de cuerda y ausencia total de motivos figurativos. Sus formas más habituales, de una mayor robustez, eran la de recipientes para almacenar alimentos con asas y tapas, o trípodes para su cocción. Además, sus bellos objetos de jade la vinculan con otras culturas que trabajaban la misma piedra en la costa este, como la de Liangzhu. La gran calidad de los objetos de artesanía Longshan sugiere un cierto nivel de especialización que, a su vez, hace suponer una

La domesticación y cría de gusanos de seda, así como la confección de tejidos con sus hilos, fue un arte específica y característicamente chino, mantenido en secreto durante siglos. En este grabado del pintor de la dinastía Song (siglo XI), Hui Tsung, vemos a varias mujeres elaborando un tejido de seda.

evolución de la estratificación social. El número de muertes violentas entre la población también hace pensar en periódicos conflictos sociales. Su cultura material muestra diferencias mínimas con respecto a la fase anterior, tales como el uso de cuchillos de piedra semilunares para cosechar, la aparición de sellos de alfarero sobre las vasijas y la práctica de la adivinación mediante quemado de huesos de animales, preferentemente omóplatos. La cultura se extendió rápidamente por el sur hasta Cantón y Taiwán.

En esa misma época, surgirían otras culturas en el delta del Yangtsé, como la Hemudu (5000-3000 a. C.), localizada en la provincia de Zhejiang, y, posteriormente, la de Liangzhu (3300-2200 a. C.), considerada su heredera; la de Hongshan (4000-2500 a. C.), en la actual Mongolia interior, en la que ya se fabricaban amuletos de jade y que presenta un gran desarrollo de los ritos funerarios; la de Dadiwan, en Gansu, etcétera. La cultura de Hemudu se caracterizó por una cerámica de pasta negra en cuya composición se ha encontrado mezcla de materiales orgánicos. En el lugar de los cereales de las culturas del norte, allí se cultivaba mayoritariamente arroz, iniciando, hace unos 7.000 años, la base de la agricultura y alimentación características chinas. Por su parte, la cultura Hongshan se fundaba en un sistema social estratificado, dirigido por tres niveles superiores, cuyos miembros eran objeto de culto en complejos sepelios.

Si en cuanto a organización social todas tenían unas características comunes, se nota una gran variedad en su producción artística, considerando como tal los restos materiales llegados hasta nuestros días, principalmente la cerámica y el jade. El dominio de estos dos materiales demuestra la pujanza y el grado de civilización de estas culturas. En principio, toda la producción de cerámica y jade estuvo íntimamente ligada a los rituales, aunque luego, tal vez en el siglo III a. C.,

pasó a elaborarse por simple placer estético. En este sustrato cultural surgirían las figuras semilegendarias del Emperador Amarillo y del resto de los Tres Augustos y Cinco Emperadores, el sucesor del último de los cuales, Yu, fundaría la dinastía Xia, entrando así China, como veremos en el próximo capítulo, en su época semihistórica.